"Los árboles de Jehová están satisfechos"



¿HA VISTO alguna vez filtrarse los rayos de sol por entre los altos árboles del bosque? ¿Ha oído el rumor que producen las hojas con el paso del viento? (Isaías 7:2.)

En algunas regiones del mundo, el follaje de ciertos árboles se tiñe de rojos, naranjas y amarillos, entre otros colores, durante parte del año. Es como si la espesura ardiera en llamas al escuchar la siguiente exclamación: "¡Alégrense, montañas, con clamor gozoso, bosque y todos los árboles en él!" (Isaías 44:23).*

Los bosques ocupan casi un tercio del terreno de nuestro planeta. Y tanto ellos como la abundante vida que albergan glorifican espléndidamente a su Creador, Jehová Dios. "Alaben a Jehová [...], árboles frutales y cedros todos", cantó el salmista por inspiración divina (Salmo 148:7-9).

"Los árboles son imprescindibles para la existencia del hombre, tanto material como estéticamente", afirma la obra *The Trees Around Us* (Los árboles que nos rodean). Los bosques protegen, mantienen y mejoran los suministros de agua potable del ser humano. Y además purifican el aire. Mediante la maravillosa fotosíntesis, las células vegetales se valen del dióxido de carbono, el agua, los minerales y la luz para producir nutrientes y oxígeno.

El bosque es un prodigio de belleza y diseño. Los enormes árboles suelen ser sus elementos más impresionantes, pero también medran en él innumerables helechos, musgos, enredaderas, arbustos y hierbas. Todas estas plantas dependen del ecosistema que crea la arboleda, pues crecen a su sombra y absorben la humedad que les proporciona.

En algunos bosques de hoja caduca llegan a caer en los últimos meses del año 25.000.000 de hojas por hectárea. ¿Qué es de ellas? Insectos, hongos, gusanos y otros organismos convierten toda esta materia orgánica en humus, un ingrediente esencial para la fertilidad del suelo. Así es, nada se desperdicia en la labor de estos obreros silenciosos para abonar el terreno.

Debajo de las hojas muertas prolifera la vida. Según la obra *The Forest* (El bosque), "en un cuadrado de 30 centímetros de lado y 2,5 centímetros de grosor viven nada menos que 1.350 organismos [...], sin contar los miles de millones de microorganismos presentes en cada puñado de tierra". Además, el bosque está repleto de reptiles, aves, insectos y mamíferos. ¿A quién debe atribuirse el mérito por tanta belleza y variedad? Apropiadamente, su Creador declara: "[A mí] me pertenece todo animal silvestre del bosque, las bestias sobre mil montañas" (Salmo 50:10).

Hay animales que han sido creados con la extraordinaria capacidad de hibernar y sobrevivir a los rigores del invierno y a largos períodos de escasez de alimento. Sin embargo, no todos hibernan. Hasta en pleno invierno se ven manadas de ciervos recorriendo los campos. Estos animales ni hibernan ni almacenan alimento, sino que se nutren de las ramitas y tallos tiernos que encuentran, como se aprecia en esta fotografía tomada en Alemania.

Las Escrituras hacen muchas veces referencia a la vida vegetal. Según cálculos, la Biblia men-

* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004*, enero-febrero.

Bosque de Normandía (Francia)



Uno de los árboles frutales más impresionantes del Oriente Medio es el almendro. Despierta de su letargo invernal a principios de año, mucho antes que el resto de los árboles. Los antiguos hebreos llamaban al almendro "el que despierta", aludiendo así a su temprana floración. El árbol prácticamente despierta cubriéndose con un manto de delicadas flores rosadas y blancas (Eclesiastés 12:5).



De las 9.000 especies conocidas de aves, 5.000 son pájaros cantores, cuyos trinos quiebran el silencio de la floresta (Salmo 104:12). Uno de ellos, el chingolito melodio, tiene un alegre repertorio de gorjeos. La reinita cabecigrís, como la que vemos en la foto, es un pequeño cantor que luce una llamativa combinación de gris, amarillo y verde oliva (Salmo 148:1, 10).

ciona cerca de ciento treinta plantas diferentes, entre ellas treinta clases de árboles. Comentando la importancia de tales referencias, el botánico Michael Zohary observa: "En la literatura seglar no especializada no se encuentra una proporción tan alta de alusiones a plantas relacionadas con diversos aspectos de la vida como la que aparece en la Biblia".

Los árboles y los bosques son preciosos regalos de nuestro amoroso Creador. Si hemos pasado tiempo en los bosques, seguramente concordaremos con estas palabras del salmista: "Los árboles de Jehová están satisfechos, los cedros del Líbano que él plantó, donde los pájaros mismos hacen nidos" (Salmo 104:16, 17).

'Eres más majestuoso que las montañas'

OBSERVAR las primeras luces del alba desde la cima del monte Fuji es una experiencia inolvidable. Un Sol rojo encendido se eleva sobre el horizonte e ilumina la blanca nieve y las rocas de lava gris. Al empezar un nuevo día, la sombra perfilada de la montaña se extiende rápidamente por kilómetros sobre las colinas y los valles.

Las majestuosas montañas —entre ellas el monte Fuji, cuyo nombre solía escribirse en caracteres que significaban "sin igual"— siempre provocan nuestro asombro. De hecho, tan solo su imponente tamaño nos humilla. Su grandeza hizo que muchas personas pensaran que los montes más encumbrados, a menudo cubiertos de neblina o nubes, eran la morada de los dioses.

No obstante, el único Dios a quien verdaderamente alaban dichas elevaciones es a su magistral Creador, Jehová. Solo él es "el Formador de las montañas" (Amós 4:13). Casi la cuarta parte del planeta es montañosa, y cuando Dios hizo la Tierra, creó fuerzas que con el tiempo produjeron espectaculares picos y cordilleras (Salmo 95:4). Por ejemplo, se cree que las cordilleras de los Andes y el Himalaya se formaron debido a unos levantamientos descomunales en las profundidades de la Tierra y por el movimiento de placas de la corteza terrestre.

Los seres humanos no comprendemos cabalmente cómo ni por qué llegaron a existir las montañas. No podemos siquiera contestar las preguntas que se plantearon al justo Job: "¿Dónde te hallabas tú cuando yo [Jehová] fundé la tierra? [...] ¿En qué han sido hundidos sus pedestales con encajaduras [...]?" (Job 38:4-6).

Sin embargo, sí sabemos que nuestra vida depende de las montañas. Se les ha llamado las fuentes de agua de la naturaleza, dado que todos los ríos principales nacen en las montañas y la mitad de los habitantes de la Tierra dependen de ellas para conseguir agua (Salmo 104:13). Según la revista *New Scientist,* "seis de las veinte principales plantas comestibles del mundo se originan en las montañas". Con el equilibrio ecológico que existirá en el prometido nuevo mundo de Dios, "llegará a haber abundancia de grano en la tierra; en la cima de las montañas habrá sobreabundancia" (Salmo 72:16; 2 Pedro 3:13).

Cuando se habla de montañas, hay quienes piensan en los Alpes europeos. Estos picos, entre ellos el monte Civetta, que se ve aquí, son un hermoso testimonio de que existe un Creador (Salmo 98:8). Alaban a Jehová, el que "está estableciendo las montañas firmemente con su poder" (Salmo 65:6).*

El esplendor de los Alpes es muy impresionante, con sus cimas y crestas cubiertas de hielo, sus laderas nevadas, y sus valles, lagos y praderas. El rey David llamó a Jehová "Aquel que hace que de las montañas brote hierba verde" (Salmo 147:8).



Las montañas escarpadas, como estas de Guilin (China), quizá no sean tan espectaculares como los Alpes, pero son extraordinariamente hermosas. Los visitantes quedan impresionados con la be-

* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004,* marzo-abril.

Monte Fuji (Honshu, Japón)

Aunque el 10% de la población del mundo vive en regiones montañosas, eso no presenta ningún obstáculo insuperable para quienes declaran las buenas nuevas del Reino de Dios. Estos ministros cristianos están muy ocupados predicando en muchas regiones de gran altitud. Y "¡cuán hermosos sobre las montañas son los pies del que trae buenas nuevas, del que publica paz, del que trae buenas nuevas de algo mejor, del que publica salvación [...]!" (Isaías 52:7).

"Las montañas altas son para las cabras monteses", cantó el salmista (Salmo 104:18). Las cabras monteses, como el íbice de Nubia, de grandes y hermosos cuernos, están entre los moradores de las montañas cuyos pasos son más firmes y seguros. Caminan por salientes tan angostos que parecen intransitables. El íbice está bien equipado para vivir en lugares inaccesibles. Esto se debe en parte a la formación de sus pezuñas, cuya hendidura aumenta según el peso del animal, lo que le da un agarre firme cuando está de pie o moviéndose sobre estrechas plataformas rocosas. No cabe duda de que el íbice es una obra maestra de nuestro Creador.



lleza de las hileras de montículos de piedra caliza a lo largo del río Li. Las aguas cristalinas que fluyen por estas montañas cubiertas de neblina nos hacen recordar las siguientes palabras del salmista: "[Jehová] está enviando manantiales en los valles torrenciales; entre las montañas siguen yendo" (Salmo 104:10).

Es natural que nos impresionen las montañas porque reconocemos que son una parte majestuosa de la provisión amorosa del Creador para el bienestar y el placer de la humanidad. No obstante, por más asombrosas que sean, no tienen comparación con la majestuosidad de Jehová. Él realmente es "más majestuoso que las montañas" (Salmo 76:4).

"Batan las manos los ríos mismos"

SI MIRA un mapa de la Tierra, verá por casi todas partes líneas serpenteantes a través de las masas continentales, hilos ondulantes que discurren por llanuras, desiertos y praderas, y que salvan sinuosamente valles, desfiladeros y bosques (Habacuc 3:9). Hablamos de los ríos, las arterias vitales de nuestro planeta, que son un testimonio de la sabiduría y el poder del Creador de la Tierra, Jehová. Al observarlos, sentimos lo mismo que el salmista que cantó: "Batan las manos los ríos mismos; las montañas mismas clamen gozosamente todas juntas delante de Jehová" (Salmo 98:8, 9).*

Los ríos están muy vinculados a la historia humana. La Biblia habla de una corriente de agua que nacía en Edén y se dividía en cuatro ríos principales (Génesis 2:10-14). Una de las civilizaciones más antiguas surgió en los fértiles valles del Tigris y el Éufrates, en el Oriente Medio. Florecieron asimismo grandes civilizaciones a orillas del Nilo, en Egipto; el Ganges y el Indo, en el sur de Asia, y el Huang Ho (río Amarillo), en China.

No es de extrañar, pues, que desde antaño el hombre haya observado embelesado el poder, la generosidad y la belleza de los ríos. El Nilo fluye a lo largo de 6.670 kilómetros, pero el más caudaloso del mundo es el Amazonas, en Sudamérica. Algunos ríos imponen por su tamaño, y otros, aun siendo mucho más pequeños, destacan por su hermosura, como el Tone, río japonés de corrientes rápidas.

¿Qué hace que los ríos fluyan? Dicho brevemente, la gravedad. Esta fuerza hace que el agua fluya desde los terrenos elevados hacia los bajos, a veces en forma de cascadas atronadoras. La Biblia describe tales despliegues de fuerza y grandeza con las palabras: "Los ríos han alzado, oh Jehová, los ríos han alzado su sonido; los ríos siguen alzando su golpeteo" (Salmo 93:3).

"¿Sabes quién deja caer las lluvias torrenciales[?]", le preguntó Jehová al justo Job (Job 38:25, *Traducción en lenguaje actual*). En efecto, ¿de dónde sale toda el agua? La respuesta tiene que ver con un complejo sistema denominado ciclo del agua. Este preciado líquido se halla en un estado de circulación permanente activada por el calor del sol y la fuerza de la gravedad. Tras evaporarse, el agua asciende a la atmósfera, donde a causa de las bajas temperaturas se condensa, formando nubes. Después regresa a la Tierra en forma de nieve o lluvia. Gran parte queda almacenada en los océanos, lagos, ríos, glaciares, casquetes polares y en el subsuelo.

Con respecto a dicho ciclo singular, la Biblia dice: "Todos los torrentes invernales salen al mar; no obstante, el mar mismo no está lleno.



Las cataratas del Iguazú, emplazadas en plena selva tropical virgen en la frontera que divide la Argentina y Brasil, figuran entre las más anchas del mundo. Sus casi trescientas cascadas abarcan más de tres kilómetros de un extremo a otro y en la estación lluviosa llegan a verter alrededor de 10.000 metros cúbicos de agua por segundo.

* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004*, mayo-junio.

Río Tone (Japón)

Al lugar para donde salen los torrentes invernales, allí regresan para poder salir" (Eclesiastés 1:7). Solo Jehová, Dios de sabiduría y amor infinitos, pudo haber creado tal sistema. ¿No es cierto que este ingenioso ciclo nos permite apreciar tales cualidades en Dios? (Salmo 104:13-15, 24, 25; Proverbios 3:19, 20.)



A pesar de la gran cantidad de ríos que existen y del tamaño que pueden alcanzar, por sus cauces fluye apenas un poco del agua dulce del planeta. Con todo, son imprescindibles para la vida. El libro *Water* (El agua) dice: "Ninguna actividad humana, desde la más compleja hasta la más simple, sería posible sin acceso al agua y sin cierto control sobre ella. Ambos factores han sido fundamentales en la historia de la civilización".

Durante miles de años, los ríos han saciado la sed del hombre y le han provisto de agua para sus jardines y huertas. El terreno fértil de muchas riberas es idóneo para el cultivo. Veamos cómo se expresa esta idea en una bendición que se pronunció sobre los siervos de Jehová: "¡Cuán bien parecidas son tus tiendas, oh Jacob, tus tabernáculos, oh Israel! Como valles torrenciales se han extendido por larga distancia, como jardines junto al río. Como áloes que Jehová ha plantado, como cedros junto a las aguas" (Números 24:5, 6). Los ríos también contribuyen a la supervivencia de animales como los patos y el chacal que aparecen en estas fotografías. De hecho, cuanto más aprendemos sobre los ríos, más impulsados nos sentimos a darle gracias a Jehová.



"¡Cuántas son tus obras, oh Jehová!"

SEA que vivamos en el campo o en la ciudad, en las montañas o al lado del mar, nos rodea el magnífico esplendor de la creación. El *Calendario de los Testigos de Jehová 2004* presenta con acierto un panorama de las asombrosas obras de Jehová Dios.

Las personas agradecidas siempre han mostrado interés en las obras divinas. Tomemos como ejemplo a Salomón, cuya sabiduría "era más vasta que la sabiduría de todos los orientales". La Biblia dice: "Hablaba acerca de los árboles, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que va saliendo en el muro; y hablaba acerca de las bestias y acerca de las criaturas voladoras y acerca de las cosas movientes y acerca de los peces" (1 Reyes 4:30, 33). El padre de Salomón, el rey David, meditaba a menudo sobre las obras maestras de Jehová, y se sintió impulsado a exclamar a su Hacedor: "¡Cuántas son tus obras, oh Jehová! Con sabiduría las has hecho todas. La tierra está llena de tus producciones" (Salmo 104:24).*

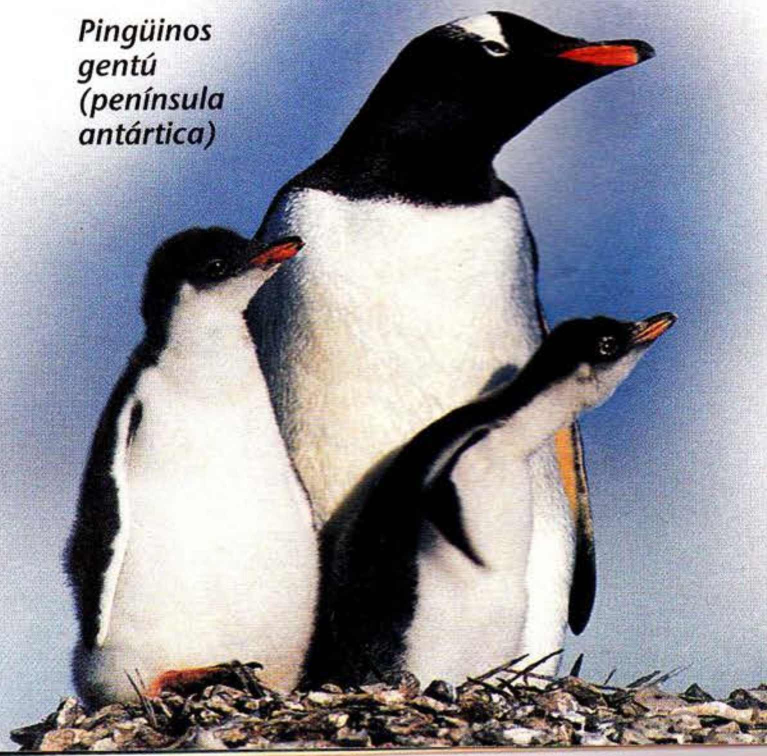
Nosotros también deberíamos observar la creación y meditar sobre ella. Por ejemplo, pudiéramos 'levantar los ojos a lo alto' y preguntar: "¿Quién ha creado estas cosas?". Nada menos que Jehová, el Dios que tiene "abundancia de energía dinámica" y que es verdaderamente "vigoroso en poder" (Isaías 40:26).

¿Cómo influye en nosotros la meditación sobre las obras creativas de Jehová? Al menos de tres maneras: 1) nos recuerda que debemos apreciar la vida; 2) nos motiva a enseñar a otras personas acerca de la creación, y 3) nos impele a conocer mejor y valorar más a nuestro Creador.

Como seres humanos, nuestra vida es muy superior a la de los "animales irracionales" y tenemos la capacidad de observar y valorar las maravillas de la creación (2 Pedro 2:12). Nuestros ojos pueden contemplar el hermoso paisaje. Nuestros oídos pueden oír el melodioso canto de las aves. Y nuestro sentido del tiempo y el espacio nos da puntos de referencia que se convierten en gratos recuerdos. Aunque la vida actual no es perfecta, no cabe duda de que vale la pena vivirla.

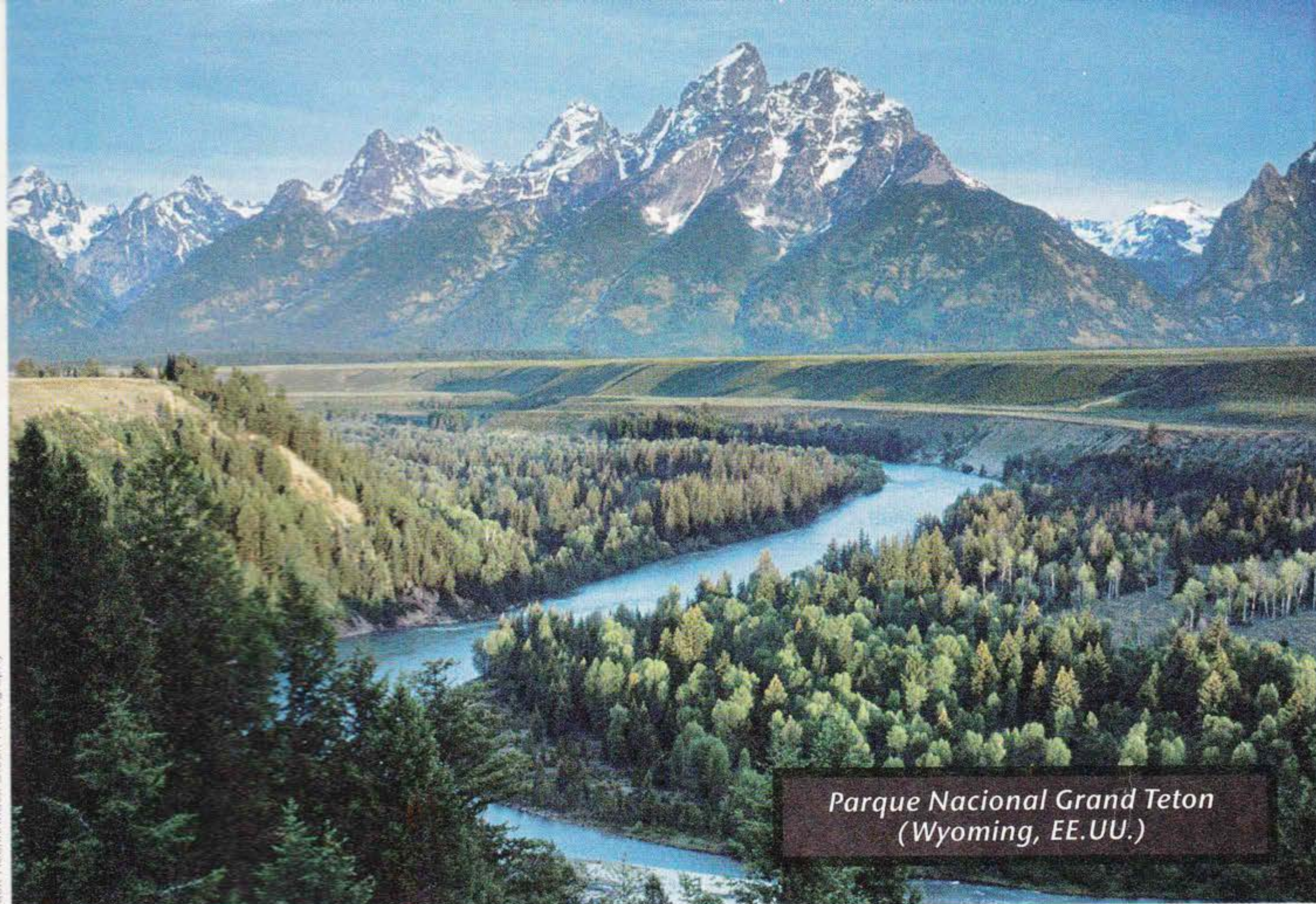
Los padres pueden disfrutar de la fascinación que sienten naturalmente los niños por la creación. ¿No es cierto que a los niños les encanta ir por la playa buscando conchas marinas, acariciar a los animales y subirse a los árboles? Sus padres querrán ayudarles a ver la conexión entre la creación y el Creador. Es posible que la admiración y el respeto que cultiven por la creación de Jehová los acompañen toda la vida (Salmo 111:2, 10).

Seríamos extremadamente cortos de miras si nos maravillara la creación, pero no diéramos la honra al Creador. La profecía de Isaías nos ayuda a reflexionar sobre este asunto, al decir:



Pingüinos gentú (península antártica)

* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004*, noviembre-diciembre.


Jack Hoehn/Index Stock Photography

Parque Nacional Grand Teton (Wyoming, EE.UU.)

El Creador recibe alabanzas

Muchos científicos agradecidos ven la mano de Dios en la creación. He aquí algunos ejemplos:

"Los momentos más significativos y gratificantes de mi rama de la ciencia son aquellas ocasiones en las que descubro algo y me digo a mí mismo: 'Ah, así es como lo hizo Dios'. Mi meta es comprender una esquinita del plan de Dios."—Henry Schaefer, profesor de Química.

"Respecto a la causa de la expansión del universo, el lector tiene que llegar a su propia conclusión, pero nuestro cuadro está incompleto sin Él [Dios]."—Edward Milne, cosmólogo británico.

"Sabemos que la naturaleza se describe con la mejor de todas las posibles matemáticas porque Dios la creó."—Alexander Polyakov, matemático ruso.

"En nuestro estudio de los objetos naturales estamos analizando los pensamientos del Creador, familiarizándonos con sus ideas e interpretando un sistema que le pertenece a él, no a nosotros."—Louis Agassiz, biólogo estadounidense.

"¿No has llegado a saber, o no has oído? Jehová, el Creador de las extremidades de la tierra, es un Dios hasta tiempo indefinido. Él no se cansa ni se fatiga. No se puede escudriñar su entendimiento" (Isaías 40:28).

Efectivamente, las obras de Jehová dan prueba de su incomparable sabiduría, su inigualable poder y su profundo amor por nosotros. Al ver la belleza que nos rodea y percibir las cualidades de Aquel que lo ha creado todo, deberíamos sentirnos impulsados a decir, al igual que David: "No hay ninguno como tú [...], oh Jehová, ni hay obras como las tuyas" (Salmo 86:8).

Podemos estar seguros de que los seres humanos obedientes seguiremos sintiéndonos fascinados por las obras creativas de Jehová. Por toda la eternidad tendremos un sinfín de oportunidades de aprender más acerca de Dios (Eclesiastés 3:11). Y cuanto más aprendamos de nuestro Creador, más profundo será nuestro amor por él.

'Nunca cesarán verano e invierno'



UN SOL abrasador cae de lleno sobre el desierto. En otras partes del mundo templa los días tras un frío invierno. Sin duda, el calor del Sol es uno de los principales factores que determinan los climas y las estaciones.

Las características de las estaciones no son iguales en todo el planeta. Pero ¿de qué forma influyen en usted las estaciones? ¿Le gusta la reconfortante transformación que se produce en primavera cuando los árboles y las flores despiertan? ¿Cómo se siente durante las agradables noches de verano? ¿Disfruta de los frescos días de otoño con sus mantos de hojas de vivos y variados colores? ¿Le serena la imagen de un bosque cubierto de nieve?

¿Qué causa las estaciones? En pocas palabras: la inclinación de la Tierra. El eje de rotación de nuestro planeta está a casi 23,5° con respecto al plano de su órbita alrededor del Sol. Si no estuviera inclinado, no habría estaciones ni variación climática, y la vegetación y el ciclo de los cultivos se verían afectados.

Al observar cómo se suceden las estaciones, se percibe la mano del Creador. Dirigiéndose a Jehová Dios, el salmista declaró muy acertadamente: "Tú fuiste el que estableció todos los límites de la tierra; *verano e invierno... tú mismo los formaste*" (Salmo 74:17).*

Desde la perspectiva de un observador terrestre, los cuerpos celestes sirven de indicadores inequívocos de las estaciones. Mientras creaba nuestro sistema solar, Dios ordenó: "Llegue a haber lumbreras en la expansión de los cielos [...]; y tienen que servir de señales y para estaciones y para días y años" (Génesis 1:14). En el transcurso de un año, la Tierra alcanza dos puntos de su órbita en los que al mediodía, los rayos del sol caen perpendicularmente sobre el ecuador. Estas dos posiciones se llaman equinoccios y en muchos países marcan el inicio de la primavera y del otoño. Durante los equinoccios, la duración del día y la noche en todo el planeta es casi la misma.

La existencia y el comienzo de las estaciones no solo tienen que ver con los movimientos de los astros. Las estaciones, el clima y las condiciones atmosféricas están entrelazados en el complejo sistema que sostiene la vida. Hablando con habitantes de Asia Menor, en su mayoría buenos conocedores de la agricultura y la producción alimentaria, el apóstol cristiano Pablo y su compañero Bernabé dijeron que era Dios quien daba "lluvias desde el cielo y épocas fructíferas, llenando por completo sus corazones de alimento y de alegría" (Hechos 14:14-17).

El maravilloso proceso de la fotosíntesis mantiene con vida a la vegetación en la tierra y al fitoplancton en el mar. Por eso, las condiciones climatológicas provocan reacciones muy complejas en la actual cadena alimenticia y en la biodiversidad. Pablo hizo una oportuna referencia a la intervención de Jehová a este respecto, cuando dijo: "La tierra que embebe la lluvia que a menudo viene sobre ella, y que luego produce vegetación apropiada para aquellos para quienes también se cultiva, recibe en cambio una bendición de Dios" (Hebreos 6:7).

La palabra "bendición" adquiere un nuevo sentido si uno se detiene a pensar en lo que ocurre en las zonas donde la primavera es sinóni-



* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004*, julio-agosto.

Dromedarios (norte de África y península arábiga)

mo de temperaturas moderadas, días más largos, más rayos de sol y lluvias favorables. Las flores brotan, y los insectos salen de sus refugios invernales, listos para polinizar los cultivos. Las aves, como el arrendajo azul que vemos aquí, llenan el bosque de color y música, y el paisaje rebosa de actividad. El ritmo de la vida se acelera, y los organismos reanudan su ciclo de vida: nacen, rebrotan y crecen (El Cantar de los Cantares 2:12, 13). De este modo se acondiciona el escenario para que a finales del verano o en otoño se lleve a cabo la cosecha (Éxodo 23:16).

El modo como Jehová dispuso la Tierra para que hubiera día y noche, estaciones, y tiempo de siembra y de cosecha da fe de la maravilla de sus obras. Podemos estar seguros de que tras el verano vendrá el invierno. Después de todo, fue Dios el que prometió: "Durante todos los días que continúe la tierra, nunca cesarán siembra y cosecha, y frío y calor, y verano e invierno, y día y noche" (Génesis 8:22).



Satélite vital

Desde tiempos remotos, la Luna ha inspirado y llenado de asombro a los seres humanos. Ahora bien, ¿sabía que nuestro satélite influye en las estaciones? La presencia de la Luna ayuda a regular la oblicuidad de la Tierra, esto es, el grado de inclinación de su eje de rotación. De acuerdo con el escritor científico Andrew Hill, este hecho desempeña "un papel vital en la creación de las condiciones necesarias para conservar la vida en la Tierra". Si no hubiera un satélite natural grande que estabilizase la inclinación del eje terrestre, las temperaturas se dispararían, lo que con probabilidad haría imposible la vida en nuestro planeta. Tanto es así que un equipo de astrónomos llegó a la siguiente conclusión: "Se podría considerar a la Luna como un regulador del clima de la Tierra" (Salmo 104:19).



Luna: U.S. Fish & Wildlife Service, Washington, D.C./Bart O'Gara

"El abundante caudal de los mares"



AL PONERSE el Sol, una suave brisa mueve las aguas, y las olas acarician la orilla del mar. El relajante sonido del oleaje es una poderosa atracción para muchas personas que van a la playa en busca de descanso y tranquilidad.*

Por toda la Tierra hay largos trechos de playa que cubren miles de kilómetros de costa. Esta demarcación, siempre cambiante, entre la arena y el agua señala el límite del dominio del mar. Así fue como el Creador lo estableció. Refiriéndose a sí mismo, Dios declara que ha "puesto la arena como límite para el mar". Y agrega: "Aunque se agiten sus olas, no obstante no pueden prevalecer; y aunque, en efecto, se pongan bulliciosas, no obstante no pueden traspasarlo" (Jeremías 5:22; Job 38:8; Salmo 33:7).

El nuestro es un planeta acuoso, como ningún otro del sistema solar. De hecho, más del setenta por ciento de su superficie está cubierta de agua. Cuando Jehová estaba preparando la Tierra para que la habitara el hombre, decretó: "Que las aguas que están debajo de los cielos se reúnan en un mismo lugar y aparezca lo seco". Y efectivamente, "llegó a ser así". El relato pasa a decir: "Dios empezó a llamar a lo seco Tierra, pero a la reunión de aguas llamó Mares. Además, vio Dios que era bueno" (Génesis 1:9, 10). ¿Qué propósito cumplen los mares?

El agua de los mares se concibió para sostener la vida de diversas y sorprendentes maneras. Por ejemplo, tiene la capacidad de conservar el calor, por lo que constituye un enorme "termo" que modera el gélido frío del invierno.

El agua cumple otra función que sostiene la vida. Puede disolver fácilmente otras sustancias, más que cualquier otro líquido. Dado que los procesos vitales son posibles gracias a reacciones químicas, la presencia del agua es esencial para disolver las sustancias que causan las reacciones y combinar sus moléculas a fin de formar compuestos. Muchos de los compuestos químicos que se hallan en los tejidos vivos contienen agua. El libro *The Sea* (El mar) señala: "Toda forma de vida necesita agua, la cual tiene que provenir, en última instancia, de los mares, incluso el agua para las plantas y animales terrestres".

Los mares también desempeñan un papel importante en purificar la atmósfera. El plancton oceánico absorbe dióxido de carbono y despide oxígeno. Cierto investigador dijo que "el 70% del oxígeno que se libera a la atmósfera todos los años procede del plancton que hay en el mar".

Los mares también suministran medicinas naturales. Durante siglos se han utilizado extractos de pescado como medicina. El aceite de hígado de bacalao se ha empleado por mucho tiempo. Últimamente se han usado sustancias químicas extraídas de peces y de otras criaturas marinas para tratar el asma, las infecciones virales y el cáncer.

Se ha intentado determinar el valor económico de los bienes y servicios que nos ofrece el océano. Aunque no se puede llegar a conclusiones exactas, los investigado-

* Véase el *Calendario de los Testigos de Jehová 2004*, septiembre-octubre.

Puesta de sol en la playa (golfo de Biafra, Camerún)

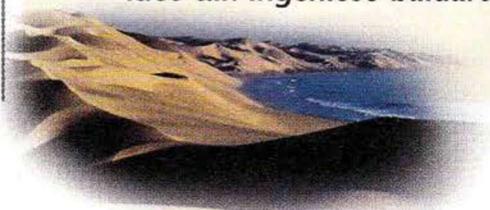
Agua, viento y olas



El agua y el viento forman olas gigantescas que, con un ruido ensordecedor, rompen contra rocosos acantilados, como este de California (EE.UU.). Las olas siempre han sido un rasgo impresionante del océano debido a su imponente fuerza. También son un asombroso recordatorio del inmenso poder del Creador. Jehová es el que va "pisando sobre las altas olas del mar". "Por su poder ha agitado el mar, y por su entendimiento ha hecho pedazos al acometedor." (Job 9:8; 26:12.) En efecto, "por encima de los sonidos de vastas aguas, las majestuosas olas rompientes del mar, Jehová es majestuoso en la altura" (Salmo 93:4).

Esculturas de arena

La orilla del mar a veces se convierte en el telón de fondo de impresionantes esculturas de arena, como estas dunas de la costa de Namibia, en el sur de África. El viento es la fuerza principal que confiere a la arena su forma distintiva. Mientras que algunas dunas parecen simples montículos, otras alcanzan los 400 metros de altura. Esa vasta cantidad de arena nos ayuda a comprender la expresión bíblica "los granos de arena que hay en la orilla del mar", la cual se refiere a algo incontable o difícil de medir (Génesis 22:17). Nos quedamos mudos de asombro ante el Creador, quien ideó tan ingenioso baluarte arenoso para protegernos de las acometidas del tempestuoso mar.



res calculan que casi dos terceras partes del valor de los servicios del ecosistema mundial provienen de los mares. Esta aseveración confirma el hecho de que los mares fueron creados con un propósito: sustentar la vida. Dicho propósito encaja muy bien con lo que la Biblia llama "el abundante caudal [de riqueza] de los mares" (Deuteronomio 33:19).

Jehová recibe la gloria por ser el Magnífico Creador de tanta riqueza. Nehemías se sintió impulsado a alabarlo con estas palabras: "Tú eres Jehová, tú solo; tú mismo has hecho los cielos, [...] los mares y todo lo que hay en ellos; y tú los estás conservando vivos a todos ellos" (Nehemías 9:6).